

dores cristianos; qué se puede pensar de aquellos ingenios prontos siempre á excitar dudas sobre las grandezas de la santísima Virgen y sobre sus más ilustres prerogativas? ¿qué se puede pensar del que aplica todo su estudio á turbar la piedad de los pueblos, intentando únicamente ceñirla y estrecharla con todo género de metafísicas y sutilezas, y desacreditando las devociones más antiguas? Acaso tira á aniquilarla, en vez de trabajar en propagarla y en extenderla. Pues qué, ¿será posible que entre los cristianos nos hemos de ver reducidos en estos tiempos á la triste necesidad de defender el honor y el culto que toda la Iglesia católica estaba en derecho y en posesión de rendir á la santísima Virgen? Después que los primeros hombres de nuestra religion agotaron sus ingenios en publicar las grandezas de la Madre de Dios; después que desconfiaron de hallar voces proporcionadas á la sublime elevación de su estado; después que san Agustín confesó su insuficiencia, protestando que le faltaban expresiones para tributar á la Emperatriz de los ángeles las debidas alabanzas: *Quibus te laudibus efferam nescio*; ¿se hallarán todavía algunos que teman alabarla con exceso, ó que se atrevan á decir que se la honra demasiado? Al paso que se iban corrompiendo los corazones con la mal disimulada apariencia de reforma, se ha ido refinando y adelgazando sobre la sencillez y simplicidad del culto. Al paso que la fe se ha ido debilitando y enflaqueciendo, se ha pretendido avivarla y purificarla por la soñada reforma de imaginarios abusos. Si se los hubiera consultado á estos impíos é indiscretos censores del culto de la santísima Virgen, nunca hubieran consentido en tanto número de fiestas instituidas en su honor; no hubieran votado por el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios con el nombre de esta Señora; hubiérales chocado mucho toda esa

variedad de devociones y de ejercicios piadosos, establecidos en la Iglesia para fomentar en los fieles su tierna devoción; y como se diese oídos al espíritu del error, presto serían enteramente abolidos. Pero subsiste y subsistirá el culto de la santísima Virgen, á pesar de los esfuerzos que después de tantos siglos ha hecho la herejía para desterrarle. Nunca prevalecerán las puertas del infierno contra el zelo de los verdaderos cristianos. Vos, ó santa Madre de Dios, sois aquel escollo en el cual se han estrellado todos los errores, y vos lo seréis perpetuamente. Vos sola triunfasteis de todas las herejías. Apenas se ha levantado alguna en el cristianismo que no os haya atacado; pero ni una sola se hallará que vos no hayáis confundido: *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo.*

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore : Loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quedam mulier de turba, dixit illi : Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit : Quinimo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

DE LA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PUNTO PRIMERO

Considera que basta solo reflexionar y entender lo que significan estas dos palabras, *madre de Dios*, para profesar á la santísima Virgen una devoción afectuosa,

un amor tierno, una veneracion profunda y una confianza filial que fomenta la religion, y nos inspira la Iglesia en todas sus fiestas. La Virgen es *madre de Dios*; luego fué inmaculada y santa su concepcion, colmada de gracias, adornada de virtudes, enriquecida con todos los dones celestiales, y ella sola mas santa que todos los santos juntos. Maria es *madre de Dios*; luego es reina del cielo y de la tierra, amada hija del Padre Eterno, esposa querida del Espíritu Santo, medianera entre su Hijo y nosotros; de manera que, cuando las inteligencias celestiales no son mas que siervos y ministros del Altísimo, solo Maria es elevada á la dignidad de madre del mismo Dios. Considera la autoridad que tiene una madre con su hijo, y la parte que le toca en su majestad, en su dignidad y su gloria. ¿Se privaria solo á esta Señora de aquellos derechos que comunica la naturaleza á todas las demás madres? Y siendo cierto que ningun hijo amó jamás tan tiernamente á su madre como el Salvador del mundo amó á la suya; ¡qué santidad, qué grandeza, qué majestad será la de Maria! ¡cuánto podrá su intercesion con su Hijo! ¡cuánto será su valimiento! ¿Se podrá racionalmente temer que el Hijo se dé por ofendido de que se ame y de que se honre á su Madre? ¿se podrá rezelar exceso ó demasia en amar y en honrar con ternura, con devota confianza á Maria, siendo madre de tal hijo? Por eso, la misma Iglesia, descubriendo todas las grandezas que se encierran en la gloriosa cualidad de madre de Dios, y queriendo despues tributar á Maria todos aquellos cultos que son proporcionados á tan sublime elevacion; agotadas ya las voces mas nobles y mas magnificas; apuradas las expresiones mas vivas y mas enérgicas para manifestar el respeto de que está altamente penetrada; teniéndolas por insuficientes; mal satisfecha de sus elogios, y desconfiada de encontrar

términos proporcionados á su grandeza, exclama con san Agustin: *Quibus te laudibus efferam nescio*. Fáltame, Señora, palabras, y no hallo voces bastantemente expresivas para dar á entender mi veneracion: *Quia quem caeli capere non poterant tuo gremio contulisti*. El verdadero motivo de mi insuficiencia, y de no serme posible alabaros ni honraros como mereceis, es porque sois madre de Dios: ¿Comprendemos bien lo que significan estas dos palabras? Y si lo comprendemos, ¿será nunca demasiado lo que hiciéremos en honor de la santísima Virgen? ¿y será bastante todo lo que hagamos y digamos?

PUNTO SEGUNDO

Considera que, hallando la Iglesia en el titulo de madre de Dios un objeto de veneracion tan digno de proponerle á los fieles, todavia descubrió en el mismo titulo otro motivo, ó, por mejor decir, otro fondo de confianza que hacerles presente para su mayor consuelo. En el agosto titulo de madre de Dios se incluyen y se hacen patentes aquellos tesoros de gracias con que regala á sus hijos; por ese magnífico titulo hallamos en Maria una poderosa medianera con el hombre Dios concebido en sus entrañas; un asilo patente á todos los pecadores; una madre llena de ternura hácia todos los mortales; porque todo esto dice quien dice madre de Dios. Si; ser madre de Dios es haber dado aquella misma sangre que se derramó por nosotros en la cruz, engendrado el adorable cuerpo que sirvió de rescate al linaje humano, concebido en su vientre y producido de la mejor parte de sí misma aquella victima que aplacó la ira de todo un Dios irritado. Es haber alimentado con su leche, criado con indecible cuidado y arrancádose con inexplicable dolor del hijo mas amado del mundo, para

verle despues enclavado en un madero. Es, en fin, haber consentido en la muerte de ese mismo querido hijo por el amor de los hombres, y es haberle sacrificado á nuestra salud. En fuerza de esto, ¡qué maravilla es que los padres la den el título de Coredentora, y que digan con la Iglesia que, si se atribuye á Eva la perdicion del género humano porque presentó al primer hombre la fruta prohibida, no hay razon para negar á María una cooperacion especial á nuestra redencion; pues produjo aquel divino fruto que pendió por nosotros en el árbol de la cruz! ¿Quién podrá pensar que nos amase poco la santísima Virgen, y que se compadeciese poco de nuestras necesidades á vista de todo lo que hizo en beneficio nuestro? ¿y podrá tampoco imaginarse que no tenga en el cielo mucho valimiento con su hijo aquella á quien este mismo hijo estuvo tan sujeto y tan rendido mientras vivió en la tierra? Pide, madre mia, lo que quisieres, decia Salomon á su madre: *Pete, mater mea*, porque nada te puedo yo negar: *Neque enim fas est ut avertam faciem tuam*. En esto consiste la omnipotencia, por decirlo así, de María; no es independiente y absoluta como la de Dios, es monipotencia de pura intercesion: *Omnipotentia supplex*; pero no es menos eficaz. Esta es la que reconocieron los santos padres cuando recurrieron á la Virgen en términos tan respetuosos y llenos de tan bien fundada confianza. ¡Oh, y cuánto perdemos, cuánto nos perjudicamos en tener un amor tibio y desmayado, en profesar una devocion superficial á la santísima Virgen!

Confíesolo con grande confusion, ó madre de mi Dios y amantísima madre mia; la confianza que hasta ahora he tenido en vuestra bondad no ha pasado de mediana, porque ha sido muy imperfecta la devocion que os he profesado. Muévaos, Madre de misericordia, á compasion de este infiel, de este ingrato siervo,

mi confesion y mi arrepentimiento. De nuevo me consagro todo y totalmente á vuestro servicio; dignaos recibirme en el número de vuestros humildes siervos.

JACULATORIAS.

Ave, gratia plena; Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus. Luc. 1.

Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.

Exultavimus et lætabimur in te, memores uberum tuorum; recti diligunt te. Cant. 1.

Sí, Virgen santísima, todos nos regocijamos indeciblemente cuando consideramos que eríaste con la leche de tus virginales pechos á tu Hijo y nuestro Salvador. Todos los corazones rectos y justos te aman ardientemente.

PROPOSITOS.

1. Eran muy familiares á los mayores santos algunos ejercicios devotos en honor de la santísima Virgen; pero especialmente ciertas oraciones cortas y vivas, á modo de jaculatorias, que no se les caian de la boca, y las tenian impresas en el corazon. La de san Atanasio era esta: Ruega por nosotros, ó santísima Señora, reina y madre de Dios. *Intercede, hera, domina, et regina, et mater Dei, pro nobis*. San Epifanio exclama frecuentemente: A tus piés me arrojé reconociendo tu poder, ó Virgen santa, soberana princesa: *Advolor genibus tuis, ó Domina mea*. San Crisóstomo repetía: Pide á Dios, ó celestial Señora, que nos haga santos: *Supplica Deum ut animas nostras salvet*. San Basilio clamaba: Miranos, Señora, con ojos propicios desde la elevacion de tu trono: *Aspice nos de cælo oculo propitio*. San Agustín tenia siempre en los labios

esta oracion, que despues tomó la Iglesia de él : Santa María, socorre á los miserables : *Sancta Maria, succurre miseris*. Mil veces al dia acostumbraba san German repetir esta otra : ¿Qué será de nosotros, santísima Madre de Dios, si tú nos desamparas? *Si tu nos deserueris, quidnam de nobis fiet, sanctissima Deipara?* Virgen santa, prorumpia á cada paso san Bernardo, tú eres nuestra soberana, nuestra medianera y nuestra abogada : *Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra*. ¡O Virgen admirable, continúa el mismo, tú reparaste la pérdida de nuestros primeros padres, y tú vivificas su posteridad! *O Virginem admirandam, parentum reparatricem, et posterorum vivificatricem!* Escoge de estas jaculatorias la que mas te agradare; házela familiar, repítela muchas veces al dia, y muchas tambien en cada hora.

2. Profesa una tierna y amorosa devocion, y ten una entera confianza en la santísima Virgen recurriendo á ella en todas tus necesidades. No solo cada semana, sino cada dia has de hacer algo en honor suyo. Ayunar los sábados, rezar el rosario todos los dias; vestir alguna doncella pobre todos los años; visitar todos los meses alguna iglesia ó capilla suya; rezar el *Ave Maria* cuando da el reloj; confesar y comulgar en todas sus festividades. Estos piadosos ejercicios cualquiera los puede hacer, y le merecerán mil bendiciones del cielo, como estén acompañados de una vida cristiana y arreglada. Dichosa el alma que, despues de Dios, coloca en Maria su esperanza. Dichosos aquellos que llenos de veneracion hácia el Hijo aprendieron desde su infancia á recurrir á la proteccion de la Madre, y por falta de confianza ó de devocion no se privaron de uno de los mas eficaces y mas poderosos medios que Dios nos dejó para salvarnos.

DIA SEXTO

LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

La gloriosa Transfiguracion del Salvador en el monte Tabor á presencia de los tres apóstoles mas amados y mas favorecidos suyos ocultó tantos misterios, y fué de tanto consuelo para fortalecer nuestra fe, que no era razon confundirla con las demás maravillas de su vida. Por eso, instituyó la Iglesia una fiesta particular de este singularísimo misterio, celebrándose ya en Roma desde el principio del quinto siglo, y siendo aun mas antigua su solemnidad en la iglesia griega.

No obstante el desprecio que hacia el Salvador de todo lo que sonaba á ostentacion, y el amor que profesaba á la vida humilde, escondida y retirada, queria con todo eso, que sus discipulos formasen el debido concepto de su divinidad y le reconociesen por lo que era. Esto lo mostró en un viaje que hizo con ellos á varias aldeas de los contornos de Cesarea, junto al nacimiento del Jordan. Separóse un poco del camino para hacer oracion, y acabada esta, les preguntó (aunque lo sabia mejor que otro alguno) qué opinion tenían de él, llamándose Hijo del hombre, segun su costumbre. Respondieronle con su acostumbrada simplicidad que unos le tenían por el Bautista resucitado, otros por Elías, otros por Jeremias, ó por alguno de los profetas antiguos que habia vuelto á este mundo. Pero vosotros, les replicó el Salvador, ¿quién pensais que soy yo? A esta segunda pregunta tomó Pedro la